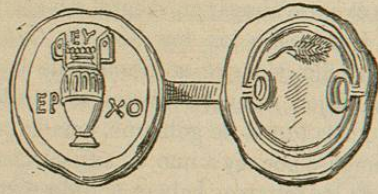


penetrado rápidamente en la Beocia al frente de numerosa caballería.

De todas las llanuras de la Beocia, dice Plutarco, la más grande y bella es sin duda la que, descubierta y sin árboles, se extiende de Orcómeno á los pantanos ó se pierde en el Melas. Arquelao decidió llevar las operaciones con lentitud para agotar los recursos del enemigo; pero Dorilao le echó en cara su derrota como una traición y estaba impaciente por combatir.

Sila fué á establecerse enfrente de los asiáticos y á fin de embarazar los movimientos de su caballería, cortó la llanura con multitud de zanjas, sólo dejando libre el terreno que descendía á los pantanos con la esperanza de precipitarlos en ellos. Sus soldados trabajaban activamente en las trin-



Moneda de Orcómeno (1)

cheras, cuando Dorilao se arrojó sobre ellos con grandes masas de hombres, dispersó á los trabajadores y los cuerpos que los protegían y puso momentáneamente en peligro al ejército romano.

Sila debió pagar con su persona: saltó del caballo, asió un estandarte y arrojándose en medio de los fugitivos, gritó diciendo á sus legionarios: «Cuando os pregunten dónde habéis abandonado á vuestro general, recordad bien que fué en Orcómeno.» Estas palabras los detuvieron, y habiendo acudido dos cohortes al ala derecha, rechazó al enemigo y volvió á su campamento, donde les hizo comer y reposar un poco. Restablecidos el orden y la confianza, los envió otra vez á las trincheras, y á pesar de un nuevo y violento combate, logró á la caída de la tarde rechazar á los bárbaros y encerrarlos en su campamento.

Al amanecer del día siguiente, volvió á empezar los apaches y los ataques, y esta vez, rechazando al enemigo con más ímpetu, hubo de forzar las trincheras de su campo. Todos los que hicieron frente cayeron al filo de la espada, y los demás fueron perseguidos hasta el lago y los pantanos, que se llenaron de sangre y de cadáveres. Fué una operación de guerra, como las que César hará más tarde: el menor número envolviendo al mayor.

Tebas, cuya fidelidad había sido un tanto dudosa y otras tres ciudades de la Beocia tuvieron la suerte de Atenas, y con esto, toda la Grecia tembló (85).

Mientras ganaba esta segunda victoria, Flaco se le anticipaba en Asia; pero de paso por la Tesalia, no pudo impedir que muchos de sus soldados desertaran para ir á incorporarse á las legiones de Sila. Amenazado por dos ejércitos, después de haber perdido los suyos, hizo Mitrídates que Arquelao pidiera secretamente la paz. «Que Sila le deje el Asia y le suministrará todo el dinero, todos los soldados y barcos que quiera para volver á Italia» (2). Sila exigió: la restitución de todas las conquistas del rey, los prisioneros, los tránsfugas, dos mil talentos, setenta galeras con proas

(1) EPXO EY, principio del nombre de la ciudad y monograma. Diota ó vaso. Reverso, escudo beocio con una espiga. Moneda de plata de Orcómeno.

(2) Arquelao acaso se vendió á Sila, el cual hubo de darle grandes bienes en Eubea, diez mil pletros de tierra ó sean mil hectáreas. (Plut. *Sylla*, 23.)

de bronce y la vuelta de todos los desterrados á su patria.

Estas condiciones eran moderadas, por cuanto sólo restablecían el *statu quo* de antes de la guerra, y dejaban impunes los asesinatos ordenados por el rey. Pero todos los días iban á refugiarse al campamento de Sila nuevos proscritos, y tenía necesidad de concluir la paz, con tal de que fuera gloriosa. Mientras el rey deliberaba, condujo su ejército á la Tracia para castigar á aquellos pueblos aliados de Mitrídates, por sus continuas incursiones en la Macedonia; y más aún para ocupar y enriquecer á sus tropas. Terminaba esta expedición que lo acercaba al Asia, cuando el rey del Ponto contestó que accedía á todo, menos á la entrega de las galeras y de la Paflagonia, dando á entender que podía obtener de Fimbria mejores condiciones.

Este general había dado muerte al cónsul Valerio Flaco en Nicomedia, tomado el mando de su ejército y hecho la guerra por su cuenta. Habiendo batido á un hijo del rey, hubo de avanzar rápidamente hasta Pérgamo, de donde Mitrídates apenas había tenido tiempo de huir. Lúculo, á quien Sila había cometido, durante el sitio de Atenas, el encargo de adquirir barcos en Egipto, Fenicia, Chipre y Rodas, cruzaba á la sazón aquellas aguas con una flota y dejó al rey ponerse en cobro. Era una traición para con Roma, á quien podían haberse ahorrado aquel día veinte años de sacrificios é inquietudes. Pero Lúculo servía á su partido; era menester que un partidario de Mario no tuviera el honor de acabar aquella guerra. Fimbria se vengó en



Cabeza torreada de Chipre (3)

Ilium, á la cual destruyó por haber enviado una embajada á Sila; después entregó á la rapacidad de la soldadesca la Misia, la Troade y la Bitinia.

Mitrídates esperaba aprovecharse de la rivalidad de estos dos caudillos. Sila fingió indignación. «¡Le dejo esa mano que ha firmado la muerte de tantos ciudadanos de Roma y todavía es osado á reclamar! Dentro de algunos días estaré en Asia y entonces hablará de otra manera.»

Mitrídates se humilló, en efecto, y le pidió una entrevista, que se celebró en Dardano, en la Troade. El rey tenía á su alrededor veinte mil hombres de á pie y seis mil de á

(3) Figurilla de barro cocido del Museo del Louvre (Heuzey).

caballo, gran número de carros de guadaña y en la mar doscientos barcos. Sila no llevó consigo más que cuatro cohortes. Pero cuando Mitrídates se adelantó á recibirle y le tendió la mano: «Ante todo, dijo Sila sin darle la suya, ¿aceptas ó no aceptas mis condiciones?» Y como el rey guardara silencio, añadió: «A los vencidos toca hablar y á los vencedores escuchar sus ruegos.» El monarca, tan poderoso antes, se sometió á todo, y se embarcó en aquel mismo sitio para volver al Ponto.

Fimbria estaba en Lidia: Sila marchó contra él, atrajo su ejército á su causa y redujo al general á darse allí mismo la muerte.

Expulsado del Asia Mitrídates, restablecidos otra vez más en sus tronos Nicomedes y Ariobarzanes, y ganadas las tropas de Fimbria, no quedaba ya más que pagar á los soldados el precio de la victoria y castigar la provincia. Muchas ciudades fueron saqueadas y destruidas, otras vieron arrasados sus muros y vendidos ó muertos sus habitantes. Los esclavos libertados por Mitrídates fueron devueltos á sus amos, y restituidas á sus antiguos propietarios las tierras invadidas. Fué una nueva revolución social.

Después de las ejecuciones militares, hubo exacciones

de todas clases. El ejército se diseminó por las ciudades, donde vivió á discreción. Cada soldado debía recibir diariamente de su huésped diez y seis dracmas (14 francos) con una buena comida para él y los amigos que quisiera convidar; cada centurión debía recibir asimismo cincuenta dracmas (43 francos) con una túnica para estar en casa y otra para salir.

Finalmente, el general vencedor convocó en Efeso á los diputados de la provincia y les declaró en términos que no permitían vacilación, que la provincia tenía que entregarle inmediatamente el importe total del impuesto correspondiente á los cinco años pasados desde la defección, ó sea la asombrosa cantidad de veinte mil talentos, la indemnización de los gastos de guerra y todo lo que fuere necesario para la reconstitución de la provincia (1).

Como después de tantos pillajes, devastaciones y desastres faltaba naturalmente dinero, tuvieron que tomarlo á préstamo las ciudades dando en prendas á los usureros sus teatros, sus gimnasios y hasta las murallas y las puertas. Este arreglo de cuentas hubo de costar al Asia más de seiscientos millones de francos; pero Sila pagaba anticipadamente á sus soldados la guerra civil.

## CAPITULO XLVI

### LA PRIMERA GUERRA CIVIL (83-82)

#### I. — PRIMER AÑO DE LA GUERRA CIVIL (83).

Desde el Asia misma había anunciado Sila al senado sus victorias y la paz concluida con Mitrídates, sin hablar de guerra ni de venganza; pero fué otro su tono, cuando de Efeso pasó á Grecia y se vió á orillas del Adriático y al frente de cuarenta mil veteranos (2) afectos á su persona, hasta el extremo de ofrecerle su peculio para llenar su caja militar (3). Entonces envió á Roma segundo mensaje, en que recordaba sus servicios y el pago que se le había dado: sus bienes confiscados, su cabeza proscrita, sus amigos asesinados. Pero ya llegaba él y muy luego sus enemigos y los de la república recibirían el castigo de sus crímenes. Para apartar de Cinna á los italianos, acababa prometiendo los derechos de los nuevos ciudadanos. «Los hombres de bien, decía, no tienen que temer nada de mí, ya sean antiguos ó nuevos ciudadanos.»

Esta carta escrita en son de amago hizo temblar al senado, como quiera que desde los Gracos este cuerpo, omnipotente y soberano en otro tiempo, no tenía ya vida propia. Colocado entre el populacho de los demagogos y la soldadesca de los generales, se dejaba arrastrar á remolque de los partidos, que no sabía dominar, y echando alternativamente todos los facciosos la púrpura senatorial sobre los hombros de sus cómplices, había perdido él la consideración, que es la fuerza de los cuerpos políticos. En esta ocasión ensayó el único papel que pudiera aún desempe-

(1) Apian. *Mithridates*, 61-63; Plut. *Sylla*, 25; Luc. 4. Los aliados, en 1815, hicieron en nuestras provincias requisiciones análogas (Vaulabelle, *Hist. des deux Restaur.* III, 345), y en la guerra de 1870-71, los prusianos superaron las exacciones que se citan como el más memorable ejemplo de la arrogancia del vencedor.

(2) Ap. (*Bell. civ.* I, 79) le da además 1,600 navios; Plutarco solamente 1,200.

(3) Le renovaron también el juramento militar. (Plut. *Sylla*.)

ñar, el de mediador. A propuesta de Valerio Flaco, partió una diputación á templar el enojo del vencedor (4), y negociar un acomodamiento, cuyo árbitro sería el senado. Al mismo tiempo se prohibió por un decreto á los cónsules continuar sus preparativos. Cinna y Carbón no lo tuvieron en cuenta y reunieron víveres, soldados y dinero, repitiendo en todas partes que su causa era la de los nuevos ciudadanos. Los samnitas y los lucanos, que no habían rendido aún las armas, prometieron sostenerlos; pero Cinna quiso embarcar para Grecia el ejército así reunido, y con esto hubo de estallar una sedición, que le costó la vida, pereciendo en Ancona á manos de sus propios soldados (84).

Habiéndose quedado Carbón de cónsul único, echó mano de los últimos recursos de los demagogos desesperados; extendió aún el derecho de ciudadanía á nuevos aliados, que distribuyó con los emancipados en las treinta y cinco tribus (5); dejó que el tribuno Popilio Lenas precipitara de la roca Tarpeya á un antiguo tribuno y expulsara de Roma á todos sus colegas á los cuales hizo negar el agua y el fuego, y arrancó al senado el orden de licenciar los ejércitos, para tener el derecho de acusar de traidor á su adversario, si desobedecía. Sila contestó pasando la mar (83).

De Efeso, en tres días de navegación se había puesto en Atenas, desde donde, por Tanagra y las Termópilas, se dirigió á Tesalia y Macedonia, á fin de tomar la vía Egnacia que lo conducía á Durazo (*Dyrrachium*), es decir al punto de más corto trayecto entre el continente griego y la pe-

(4) Tit. Liv. *Epit.* LXXXIII; Apian. *Bell. civ.* 77. Sila recibió bien esta diputación y sólo exigió la vuelta de los desterrados, la restitución de sus bienes y una indemnización de daños y perjuicios.

(5) Drumann y Keferstein (*de Bello Mars.*) juzgan, á pesar del texto positivo de Tito Livio (*Epit.* LXXXIV), que sólo se trata aquí de *das Gesindel... Fremde und entlaufene Slaven*, porque dicen que todos los aliados tenían ya el derecho de ciudadanía. Es el mismo error que he notado en otro lugar.

nínsula itálica. Tenía sin embargo una flota de mil dociientos barcos, que lo hubiera podido conducir más pronto y con menos fatiga; pero los romanos no eran aficionados al mar, y su flota, sin un soldado, había ido á esperarlo al gran puerto epirota (1).

No dejaba de darle inquietud su desembarque, pero Brindis que Carbón debiera haber puesto en estado de defensa y guardarla bien, le abrió sus puertas. En recompensa la eximió del derecho de aduanas y tres siglos después decía aún Apiano: «Todavía disfruta este privilegio.» El uso permitía á los generales conservar su autoridad militar, *imperium*, y sus soldados hasta entrar en Roma. Sila, pues,



Figurilla de Tanagra (jugando á la taba) (2)

tenía al parecer un título regular y un poder legal, á pesar de la sentencia que, poniéndolo fuera de la ley, había hecho Cinna pronunciar en los comicios.

Metelo conservaba también su título de pretor, y estas apariencias de legalidad eran una fuerza para hombres que, sin embargo, no tenían más derecho que el que llevaban en la punta de la espada. Expulsado del Africa, adonde se había refugiado durante las proscripciones de Mario, hubo de ocultarse este Metelo en las montañas de la Liguria, y á la nueva de la llegada de Sila corrió á Brindis á ofrecerle sus talentos y todo el odio que el hijo del Numídico debía guardar contra los que habían proscrito á su padre. Sila lo tomó por colega.

Sus cinco legiones parecían muy débiles en comparación con las cuatrocientas cincuenta cohortes del enemigo (3).

(1) Detenido en Atenas á causa de una enfermedad, hubo de pasar en Grecia el invierno del año 84-83. (Plut. *Sylla*, 26.)

(2) Este bellissimo barro de Tanagra ofrece la particularidad de haber sido quemado en la hoguera del muerto con que fué sepultado. Representa á una joven jugando á la taba, juego á que eran muy aficionados los griegos.

(3) Plut. *Sylla*, 27. Apiano (*Bell. civ.* I, 82) dice dociientos co-

pero eran antiguas bandas llamadas á combatir nuevas levayas; y luego está solo en su campo, mientras los maristas tenían quince generales: Escipión y Norbano entonces cónsules; Carbón, que no tenía más talentos como general que como jefe de un partido; Bruto, Celio, Carinas, etc. Sertorio no servía aún sino á las órdenes de otros. La mayoría de los italianos estaban por Carbón; sin embargo las ciudades de origen griego, algunos cisalpinos, los picenios y la confederación marsa, siempre rival de la liga samnita, mostraban intenciones hostiles. Los maristas quisieron exigir rehenes, y sin esperar un decreto del senado que se oponía á ello, muchas ciudades se negaron. «¿No sabes, dijo Carbón á un magistrado de Plasencia que se resistía á sus proyectos, no sabes que tengo yo muchas espadas?— Y yo, contestó friamente el anciano, yo tengo muchos años.»

Estas disposiciones eran de buen agüero para Sila, y desde luego, la severa disciplina que hacía observar á sus tropas le granjeó la buena voluntad de los pueblos, cuyo territorio cruzaba. Craso, que durante ocho meses había vivido oculto en el fondo de una caverna, Cetego, Dolabela, M. Lúculo, hermano del cuestor de Sila, llevaron á su partido el esplendor de sus nombres. La proscripción que renovó el joven Mario contra los más ilustres senadores acabó de hacer de la querrela de Sila el agravio y queja de la aristocracia romana.

El auxilio más importante le vino de parte de un joven, desconocido la víspera, el hijo de Pompeyo Estrabón ó Estrabón, el que andando el tiempo se llamará el gran Pompeyo. Los maristas lo habían inquietado á propósito de los inmensos bienes que había adquirido su padre en el Piceno, donde había mandado mucho tiempo. Se le reclamó el botín de Asculo que, al decir de aquéllos, se había apropiado Estrabón, y sobre esto, se instruyó una causa: el joven Pompeyo la ganó, pero no echó en olvido que habían querido arruinarlo. Y así cuando supo que Sila había arribado á Italia, levantó entre sus pastores y colonos un cuerpo de voluntarios, batió muchos destacamentos, y creciendo sus fuerzas al son de sus triunfos, llegó á formar tres legiones, que puso al servicio de Sila. No tenía más que veintitrés años, y la primera vez que se presentó al procónsul, éste lo recibió con grandes honores y lo saludó con el título de *imperator*, título que reconocía en este joven los derechos del militar *imperium*, y lo confirmaba en su mando separado.

Un acontecimiento cuyos autores no pudieron descubrirse, puso en consternación toda la ciudad. El 6 de julio del 83 un violento incendio devoró el Capitolio, sin que pudieran salvarse siquiera los libros sibilinos (4). Esta destrucción del santuario de la república y de los oráculos que, según la creencia vulgar, entregaban al senado los decretos de la sabiduría divina, hubo de parecer á muchos como el anuncio de una nueva dominación. Los tiempos, en efecto, se habían consumado y el año llegaba (5).

De la Pulla pasó sin obstáculo á Campania, «haciendo respetar á sus soldados las mieses, las personas y las ciudades.» En una guerra civil, son muy importantes los prime-

hortes de quinientos hombres cada una, lo que es más verosímil; pero añade que este número aumentó muy luego. Las cinco legiones de Sila, con sus auxiliares, constaban acaso de cuarenta mil hombres, menos de la mitad de las fuerzas del enemigo.

(4) *Custodum negligentia*, dice Casiodoro en su Crónica (*ad ann.* 670).

(5) Fué la señal, dice Apiano (*Bell. civ.* I, 83), que anunció la matanza de los ciudadanos, el saqueo de Italia, la servidumbre de Roma y el aniquilamiento de la república. Cf. Tac. *Ann.* VI, 12; *Hist.* III, 72.

ros éxitos, porque deciden á la irresoluta multitud é inclinan la opinión del lado del vencedor. Sila, «león y zorro á la vez,» no descuidó nada para asegurar esta ventaja. La diosa Enyo le renovó sus promesas de triunfo, y un día que acampaba á orilla de una amplia llanura, sopló una ligera brisa que, arrebatando las flores de la pradera, dejó caer sus blancas corolas sobre los cascos y escudos de sus soldados, de modo que todo el ejército apareció coronado de flores. Era el anuncio de una victoria; los soldados no podían dudarla.

En Roma se recordaban las proscripciones de Mario y se temían las de Sila, sabiendo muy bien que él á su vez querría también ruinas y sangre, suplicios y confiscaciones. Así, pues, fueron momentáneamente apartados los hombres violentos y se hizo subir á la silla curul, para el año 83, á L. Escipión, biznieto del vencedor de Antíoco, y á C. Norbano, personajes ineptos ambos á dos, pero representantes del partido moderado ó conciliador, que en las crisis agudas suministró siempre las víctimas.

Con uno de los dos ejércitos consulares, Norbano cubrió á Capua, y Escipión iba á establecerse con el otro cerca de Teano. Sila se arrojó entre los dos, le hizo siete mil bajas á Norbano, cuyos restos se encerraron en Nápoles y en Capua, y corrió luego al encuentro de Escipión. Pero esta vez, en lugar de atacar, pide una tregua y una conferencia. Los dos caudillos se encuentran, ambos de antigua raza y teniendo en el fondo los mismos intereses. La entrevista es amistosa; Sila procura prolongarla, y mientras discute las condiciones de la paz, sus soldados se mezclan con los de Escipión, cuentan sus campañas, enseñan el oro que han ganado en ellas al mando de un general afortunado siempre y siempre generoso. En vano advierte Sertorio á Escipión el peligro que corre; las negociaciones continúan. Cuando Sila, rompiendo súbitamente el armisticio se presentó con veinte cohortes contra el ejército enemigo, éste se pasó íntegramente á su lado con armas y bagajes. «Así, el cazador se sirve de pájaros enjaulados para atraer otros á sus redes.»

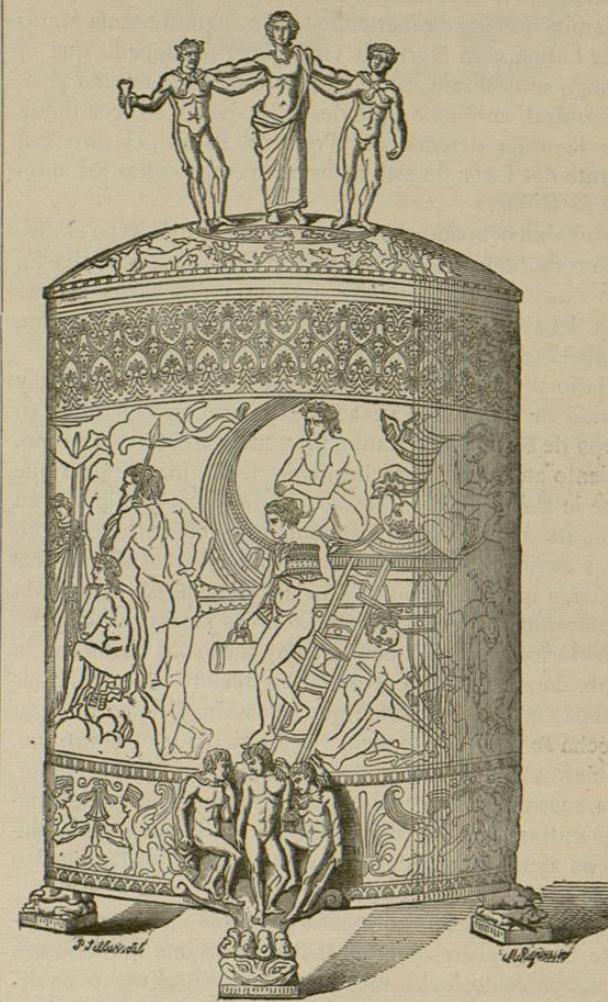
A Escipión se le dejó en completa libertad para que se retirara.

A pesar de todo, Sila se iba con pies de plomo juzgando que haciéndolo todo con su peso y medida, no tenía nada que temer. Hubiérase podido creer que, después de este doble triunfo, conduciría rápidamente las operaciones y que muy luego se le vería bajo los muros de Roma. Pero si era dueño de la Campania, no ocupaba todas sus ciudades; sus adversarios tenían en su poder las de Nola, Capua, Nápoles, etc., y de diversos puntos le llegaban malas noticias. A retaguardia y á sus flancos los lucanos y los samnitas estaban en armas; y en Roma la derrota de los moderados, devolvía la influencia á los revolucionarios, los cuales elevaban al consulado para el año 82 á Carbón, el antiguo colega de Cinna, y á un hijo adoptivo del vencedor de los cimbras, al joven Mario, los dos ilegalmente elegidos, como quiera que el uno había recientemente dejado las faldas consulares, y el otro, mozo de veintisiete años apenas, no tenía el derecho de tomarlas. Pero ¿acaso había leyes todavía?

## II. — SEGUNDO AÑO DE LA GUERRA CIVIL (82).

Un rigoroso invierno hubo de embarazar las operaciones militares, y los cónsules aprovecharon este tiempo para organizar la resistencia. Despojaron los templos de sus riquezas, enviaron á la fundición los vasos de oro y plata que la victoria ó la religión habían depositado en ellos, y realizaron de este modo 14,000 libras de oro y 6,000 de plata,

unos quince millones de francos. Con estos recursos, hicieron grandes levayas de hombres en la Cisalpina, donde siempre había espadas que vender, y en la Etruria cuya población rural, medio esclava bajo la mano de sus lucumones, ligaba su causa á la del partido que había querido la emancipación de todos los italianos. Comprendiendo los samnitas que se acercaba la hora del combate supremo, prometieron salir de sus montañas y desembarcar muy pronto en la lla-



Cisto de Preneste (1)

nura latina. Para confirmar esta promesa, el joven Telesino, con algunos de sus más bravos compatriotas, se presentó en el ejército consular. Roma, en su terror, se prestaba á todo; temblando y todo el senado había autorizado por un decreto el despojo de los templos; el pueblo había proscrito á los senadores refugiados en el campo de Sila, y un hombre fiero, el pretor Damasipo, marcaba ya con signos de muerte á los moderados que había de sacrificar á los manes de sus amigos antes de la llegada de los vencedores. Era una guerra cruel.

(1) Los héroes han saltado en tierra y sacado el barco á la playa, y se les ve descansando de sus fatigas. Algunos han explorado la isla y descubierto una límpida fuente; pero el gigante Amicos, rey de los bebrices, prohíbe pasar adelante. Pólux lo reta al pugilato, y después de haberlo vencido lo ata á un árbol. Una Victoria vuela hacia el vencedor con una corona en la mano. Minerva figura entre los testigos de la lucha, y enfrente de ella se ve un hombre provisto de grandes alas, en el cual se ha reconocido uno de los Vientos cuya asistencia fué necesaria á los Argonautas en aquellos parajes. La última escena representa el resultado del combate. Los viajeros se proveen de agua libremente en la fuente á cuya orilla está sentado Sileno. (Saglio: *Dic. de Antig.*, t. I, p. 417.)

Carbón y Mario compartieron la defensa: el uno debía cerrar los pasos del Apenino por la parte de la Umbría y del Piceno, por donde avanzaban Metelo y Pompeyo, y el otro cubrir el Lacio contra Sila, que llegaba por la Campania. Mario había hecho de Preneste su plaza de armas. Edificada sobre un espolón del Apenino, que avanza por encima del campo de Roma y lo domina a una altura de unos 400 metros, Preneste, con viveres y una buena guarnición era inexpugnable. Norba, la ciudad de los muros ciclópeos, fué también ocupada fuertemente. En Preneste tenía Mario la vía Latina y en Norba la vía Apia. Para impedir que el enemigo se deslizara entre ellas se estableció en una posición central, en Signia, que desde lo alto de su roca dominaba la orilla derecha del Trero (el Sacco), el principal afluente del Liris; de esta manera esperaba cerrar los apaches de Roma.

Sila había ocupado ciertamente antes del invierno el desfiladero de Lautules, la puerta de la Campania en el Lacio, y en cuanto las operaciones pudieron renovarse, avanzó hacia Setia, en el país de los volscos, mientras su teniente Dolabela remontaba el Liris y luego el Trero.

Mario procuró salvar a Setia, pero no pudo lograrlo, y seguido de cerca por su adversario, se replegó sobre su campo de Signia. Entretanto, pronunciaba Dolabela su movimiento amenazando la izquierda de Mario, que para que no se le aislara de Preneste, retrocedió hasta Sacriporto, en la llanura donde acaban las montañas y comienzan las primeras estribaciones del Apenino. Fatigados los silanos tras una larga marcha bajo una lluvia torrencial, se detuvieron para acampar, cuando los atacaron los maristas. Los veteranos formaron rápidamente y muy luego les asentaron la mano, dando buena cuenta de los reclutas que Mario les lanzaba con más fogosidad que previsión. Una parte de su derecha se pasó al enemigo, y la izquierda y el centro fueron derrotados y perseguidos hasta los muros de Preneste, cuya guarnición les cerró las puertas, temiendo que el enemigo entrara con los fugitivos. Sólo Mario entró en la plaza, con ayuda de una cuerda que le echaron los de dentro desde lo alto de los muros.

El ejército del Sur no existía ya: desde Sacriporto a Preneste, los cadáveres cubrían la llanura: veinte mil hombres habían perecido, ocho mil quedaron prisioneros, y los demás andaban fugitivos o temblaban por su suerte en Preneste. Ya les anunciaba Sila lo que debían esperar: todos los samnitas encontrados entre los prisioneros fueron conducidos al pie de los muros y allí mismo pasados al filo de la espada a vista de los sitiados.

Pero en aquel momento Mario los vengaba a su vez. Desde el campo de batalla de Sacriporto, había partido a Roma un amigo y confidente suyo, llevando al fiero Damasipo la orden de la matanza. El pretor convocó al senado sin demora y cuando los Padres estuvieron reunidos, rodeó la curia con cuadrillas de sicarios y designando las víctimas las hizo matar en la misma curia, y todavía los persiguió en su muerte arrojando sus cadáveres al Tíber para privarlos del reposo del sepulcro. El pontífice máximo Quinto Escévola, que ya otra vez pudo librarse, aunque no indemne, del puñal de Fimbria, pereció en esta última convulsión del partido marista expirante. Solicitado para que fuera a reunirse con Sila, había contestado noblemente que no quería forzar las puertas de su patria para volver con la espada en la mano. Estos hombres eran en medio de los furiosos partidos los últimos representantes de la república y de la libertad.

A estas tristes noticias, dejando Sila a Lucrecio Ofela delante de Preneste, precipitó su marcha sobre Roma. Sus

tropas, siguiendo sus instrucciones, tomaron por diferentes caminos, llevando por objetivo cada cuerpo una puerta de la ciudad, y todos, en caso de mal éxito, debiendo reunirse en Ostia donde esperaba su poderosa flota. Pero no hubo resistencia y la misma multitud embrutecida y flaca, que la víspera arrastraba por las calles los cadáveres de los amigos de Sila, el día siguiente lo saludaba y acogía con ruidosas aclamaciones.

El ejército del Norte no había hecho más que el del Sur.

Sila no hizo más que atravesar a Roma para salir muy luego en dirección de Etruria a combatir al otro cónsul, que Metelo y Pompeyo habían rechazado de la Umbría.

Carbón acampaba cerca de Clusium (Clusino) detrás del Clanis, con sus italianos y tropas que había sacado de la Cisalpina y de España (1). La primera batalla se prolongó un día entero sin resultado definitivo. Esto fué una ventaja para él, pues mientras atraía así a la Etruria las principales fuerzas de los silanos, Lamponio a la cabeza de los lucanos, P. Telesino con los samnitas y el campaniense Gutta, tomaban, en fin, una parte activa en la lucha llegando por el Sur con cuarenta mil hombres. Carbón formó un cuerpo de ochenta cohortes para darles la mano por el Norte, y todos juntos caer sobre las líneas de Ofela y hacer levantar el bloqueo de Preneste, donde ya apretaba el hambre. Pero Sila se había apoderado de los desfiladeros que se abrían sobre esta ciudad, y no dejó nada pasar; al mismo tiempo, sorprendidas en medio del Apenino las ochenta cohortes fueron dispersadas por Pompeyo: su jefe Marcio pudo devolver siete a su general.

La situación de Carbón se hacía crítica. Sila y Pompeyo le cerraban el camino de Roma y Metelo le había precedido en la Cisalpina adonde había llegado por Ravena, rodeando con su flota a Arimino, el depósito de los maristas. Carbón logró, sin embargo, reunirse con Norbano, que mandaba por él en el valle del Po. Esperando abrumar a Metelo con sus fuerzas reunidas, lo atacaron cerca de Favencia a algunas leguas de Ravena; pero perdieron diez mil hombres: después de la acción desertaron de sus filas seis mil soldados de los de Carbón, y Verres, su cuestor, comenzando aquí dignamente la serie de las hazañas que lo hicieron tan célebre, huyó con la caja militar.

Los dos jefes volvieron precipitadamente el uno a Arretium (Arezo) y el otro a Arimino. En esta última ciudad, uno de los oficiales de Norbano, Albinovano, por merecer

(1) Habiéndose pasado a Sila algunos de estos españoles, fueron degollados los demás de esta nación por orden de Carbón. Al mismo tiempo entró por traición en Nápoles un general silano y pasó a cuchillo a todos los que no huyeron.

(2) Busto de bronce encontrado en Herculano, en el mismo lugar que el de Sila y que, sin pruebas fehacientes, se cree que representa a Poncio Telesino. Museo de Nápoles.



Poncio Telesino (2)

bien de Sila, convidó a un festín a los principales personajes del ejército y los hizo asesinar, pasándose luego al enemigo con una legión. Espantado de estas repetidas traiciones, se embarcó Norbano para Rodas, y algún tiempo después siguió su ejemplo Carbón pasando al Africa: Sertorio había ya pasado a España. Los jefes populares salían de Italia para sublevar las provincias.

En este momento Poncio Telesino, Lamponio y Gutta intentaron un golpe atrevido (1). Desesperando de forzar solos las líneas de Lucrecio Ofela, que Sila cubría con todo su ejército, mientras Pompeyo abrumaba, cerca de Clusium, las tropas de Carbón que no tenían ya caudillo, se lanzaron al valle del Anio, probablemente por la parte de Sublaco, alcanzaron la vía Tiburtina y arrastrando consigo al antiguo pretor Damasipo y a dos generales maristas, Marcio y Carinas, llegaron en una noche hasta diez estadios de Roma. Querían tomar «y destruir aquella madriguera de lobos rapaces de Italia» (2), y si era preciso perecer, perecer a lo menos bajo sus ruinas.

No se sabría decir qué consecuencias hubiera tenido el buen éxito de esta maniobra; pero perdieron tiempo en preparar el asalto y este retardo salvó a Roma. La mañana del 1.º de noviembre, la escasa guarnición que se había dejado allí hizo una salida, luego se presentó la caballería de Sila, siguiéndola él mismo con todas sus fuerzas: a eso del medio día llegó a la puerta Colina, cerca del templo de Venus Ericina, y sin dar a sus tropas un momento de reposo, las condujo al enemigo.

Fué esta, sin duda, la verdadera batalla de esta guerra, y como para marcar claramente qué clase de intereses estaban en juego hacía ya diez años, lo que iba a decidir la victoria era la existencia misma de Roma. La batalla duró el resto del día y toda la noche. El ala izquierda que Sila mandaba fué rechazada bajo los muros de la ciudad, cuyas puertas se cerraron y algunos fugitivos corrieron hasta las líneas de Preneste gritando que Sila había muerto y todo estaba perdido. Sila, en efecto, por poco no perece. Cabalgaba en un caballo blanco y corría por delante de sus quebrantadas cohortes, cuando reconociéndolo dos samnitas le arrojaron sus dardos, que fueron a clavarse en tierra detrás de él: un brusco movimiento de su caballo hubo de salvarlo. Sila creyó en un favor del cielo y sacándose del seno una figurilla de oro, imagen de Apolo que llevaba siempre consigo, desde que la tomó en Delfos, la besó devotamente y dió gracias al dios que lo había librado de la muerte.

Pero si creía en los amuletos, creía también que es bueno ayudarse a sí mismo. Reprendió a sus tropas, alentó los ánimos, restableció el orden en las filas, y cuando llegaron a decirle que Craso con el ala derecha había rechazado al

(1) Velejo Patérculo (II, 27) les da 40,000 hombres, Apiano y Eutropio 70,000 y Orosio 80,000.

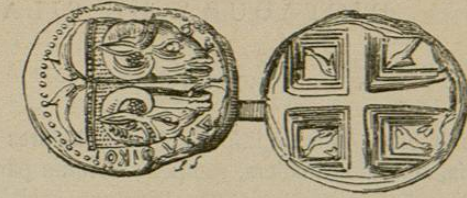
(2) Vel. Pater. (Ibid.) *vaptores Italica libertatis lupos*.

(3) Apolo-Sol, radiado y con clámide. Estatua de bronce del Gabinete de Francia, núm. 2947 del Catálogo.



Figurilla de Apolo (3)

enemigo hasta Antemnas, volvió a tomar vigorosamente la ofensiva. El ejército samnita, cuyas líneas de retirada estaban todas cortadas, quedó allí aniquilado: sólo se hicieron ocho mil prisioneros, entre ellos Marcio y Carinas, a quienes Sila hizo dar muerte. El pretor Damasipo había muerto en



Moneda de Delfos (4)

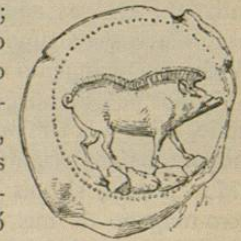
el combate, y Poncio Telesino, que cayó gravemente herido, fué rematado por los vencedores: aun después de muerto, se veía en su rostro bien marcada la expresión de la amenaza y del odio. Era el más noble y el último de los hijos de Italia: a lo menos tuvo para sí y para su pueblo un glorioso sepulcro, un campo de batalla cubierto con cincuenta mil cadáveres, cuya mitad eran romanos.

Quando los prenестinos vieron las ensangrentadas cabezas de estos jefes, que alrededor de sus muros paseaba la soldadesca en las puntas de sus lanzas y supieron también el exterminio hecho por Pompeyo en el ejército de Carbón, abrieron sin más demora sus puertas. Todos sus habitantes, menos las mujeres y los niños y algunos que pudieron invocar el recuerdo de algún servicio prestado a Sila, todos fueron pasados a cuchillo. Después, y como si esto no fuera bastante, entregó la ciudad, una de las más florecientes y ricas de Italia, al pillaje de la soldadesca.

El joven Mario se había retirado a un subterráneo con el hermano de Poncio Telesino: para no entregarse vivos en manos de sus enemigos, de común acuerdo se pusieron a combatir uno contra otro: Mario mató a su amigo y se hizo matar luego por un esclavo.

Algunas ciudades resistían aún, pero siendo ya perdido todo esfuerzo, se fueron luego entregando una tras otra. En Norba, sin embargo, antes que entregarse sus bravos habitantes prendieron fuego a sus casas y se degollaron unos a otros; los samnitas no evacuaron tampoco a Nola hasta el año 80, perdiendo en la retirada al último de sus grandes caudillos, aquel Papio Mótulo, uno de los héroes de las primeras campañas, a quien su mujer rechazó porque estaba proscrito y se dió la muerte en el umbral de su casa.

Esernia, Tuder, Populonia, tuvieron Moneda de Populonia (5) la suerte de Preneste; Volaterras se resistió más de dos años. Ruinas de ciudades é inmensas soledades en la Etruria y en el Samnio recordaron durante mucho tiempo a las generaciones siguientes que la cólera de Sila había pasado por aquellos dos países.



Moneda de Populonia (5)

(4) ΔΑΔΦΙΚΟΙ. Dos cabezas de carnero y dos delfines. Reverso, cuatro cuadros huecos con sendos delfines. Tetradracma *unicu*, de antiquísimo estilo, de Delfos. Gabinete de Francia.

(5) Jabalí andando sobre rocas. Moneda de plata de Populonia, de reverso liso. En la *Revista Arqueológica*, de agosto de 1879, M. Bompois combate la opinión hasta ahora admitida de que todas las monedas etruscas de reverso liso son de Populonia.